

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 366

Barcelona, 2 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Su alma

monstruosa de
alimaña con fi-

gura de hombre, se regocijará pensando que después de su "raid", muchas madres llorarán el fin atroz de sus hijos y muchos niños se habrán quedado huérfanos.

¿Fieras o locos furiosos?

En la soflama radiofónica emitida por Salamanca en la noche del sábado último, y que fué el antecedente del bárbaro y doble crimen del domingo, soflama que parece dictada o escrita por un estúpido atacado de epilepsia, se insiste de nuevo en la conocida mentira facciosa de los objetivos militares. En ella figuró esta afirmación, monumento de impudencia, mendacidad y cinismo: «Amenazan — los republicanos — con bombardear las ciudades de nuestra retaguardia si nosotros seguimos bombardeando sus depósitos de armas y sus fábricas de guerra.»

¿Depósitos de armas y fábricas de guerra? Recientemente, la aviación italiana de la mussoliniana colonia de Mallorca, ha venido a nuestro Levante y ha arrojado bombas sobre Valencia y Barcelona. Todos saben en dichas ciudades dónde cayeron los proyectiles. Todos saben también qué clase de víctimas hicieron. Resulta imbécil, amén de villano, recurrir a tales imposturas, imposibles de sostener y mucho menos de probar.

¿Es que no viven extranjeros en Valencia? ¿Es que no hay allí cónsules? ¿Es que los cuerpos consular y diplomático actualmente en Barcelona no saben de sobra a qué atenerse? Les basta el testimonio de sus ojos. Con mirar — y asombrarse de hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres — les sobra para informar a sus gobiernos respectivos. Y a estas horas, no hay en el mundo civilizado un Ministerio de Negocios Extranjeros donde no posean telegramas oficiales, referentes a los asesinatos de no combatientes, mujeres y niños en su mayoría, que vienen realizando los facciosos en la España leal.

Pero es, además, que no se puede, desde la altura a que se elevan los cobardes aviadores italianos al servicio de Franco, para arrojar sus bombas explosivas e incendiarias, acertar en blancos determinados, por grandes que sean y por localizados que aparezcan en los planos de las ciudades. Para que no los sientan llegar y el ruido de los motores no avise a las defensas anti-aéreas y también para burlar el fuego de estas últimas, los asesinos del aire de que dispone Fran-

co, porque Mussolini se los alquilara, desgranar sus rosarios de proyectiles a cinco mil metros del suelo. No hay un solo técnico en aviación que no sepa que tales elevaciones impiden toda acción destructora, concreta y definida.

El aviador deja caer sus máquinas infernales y no sabe dónde sembrarán el espanto y la muerte. Vuela sobre una gran aglomeración humana, sobre un conjunto de millares de edificios. Está seguro, sí, de que no perderá el viaje. Le será casi imposible hundir un navío cercano a un muelle, incendiar un depósito de gasolina, destruir un cuartel, derribar una fábrica de fusiles, cañones o aeroplanos, volar un depósito de municiones o pólvora; pero, en cambio, podrá satisfacer sus crueles instintos. Su alma monstruosa, de alimaña con figura de hombre, se regocijará pensando que después de su raid muchas madres llorarán el fin atroz de sus hijos y muchos niños se habrán quedado huérfanos.

Ese es el «numen de Franco». Llama «numen de Franco» la radio salamanquina, al asesinato en masa de los españoles. Ya lo sabíamos. Franco dijo, en agosto de 1936, a un corresponsal del «Daily Chronicle»: «Triunfaré en España, aunque tenga que destruir a la mitad de ella.» La mitad de ella está ya destruida, trocada en una vasta sucesión de ruinas y cementerios. Y se apresta a hacer lo propio con lo que todavía quede relativamente indemne.

«¡Adelante, por encima de los muertos!», ha gritado el locutor rebelde salamanquino. ¿De qué muertos? De los muertos de sangre española, de ascendencia española, de nacimiento español, de nombre y apellidos españoles. Franco los hace asesinar por medio de salvajes de Africa, de condottieros italianos, alemanes y portugueses. Y luego exclama: «¡Arriba España!»

¿Son fieras? ¿Son locos furiosos? Las dos cosas. Pero a las fieras se las extermina y a los locos se les pone camisa de fuerza...

quién era ese señor? ¿Quiere usted hacer el favor de nombrarlo?

EL TESTIGO: —No; prefiero no hacerlo.

EL SEÑOR DE LA VERRUGA: Bien. Tampoco le aconsejaría yo a nadie que lo hiciese.

EL PRESIDENTE: —Quizá fuera mejor que los testigos no nombrasen a nadie con exactitud. De este modo, se darían grandes facilidades al tribunal para pronunciarse una sentencia justa y objetiva. (LLAMANDO.) ¡El testigo siguiente!

EL PRESIDENTE: —Señores, según las declaraciones de todos los testigos, podemos aceptar como hecho probado que cierta persona no definida, con el fin de apoderarse de un bolso con dinero, hizo en la calle uso de un arma de fuego, lo cual tuvo como consecuencia la pérdida de una vida humana. Debido a que lamentables casos parecidos se repiten de algún tiempo a esta parte, con demasiada frecuencia, el alto Tribunal decide imponer un castigo ejemplar, en nombre de los derechos del hombre. Sin querer indicar

a nadie particularmente, declaramos aquí solemnemente... que en el próximo accidente que ocurra, consideraremos necesario reunirnos otra vez para expresar nuestro sentimiento y para, sin nombrar a nadie, considerar a los casos semejantes como... indeseables y en contradicción con la orden vigente.

EL SEÑOR DE LA VERRUGA: —Esta sentencia es, naturalmente, inaceptable y, además, ofensiva. Protesto en principio contra todos los fallos que pretenden sentar jurisprudencia, en nombre de las leyes humanas, sobre lo que es deseable o indeseable. Y la próxima vez, señores, ni siquiera vendré. No tengo tiempo para estas cosas.

EL PRESIDENTE: —Lo sentimos infinitamente, señor. Prescindimos con disgusto de su valiosa colaboración. El tribunal le renueva su alta estimación personal...

UN VOCAL: —Me parece, colega, que casos tan graves como éste, de asesinato con robo, no debían ser tratados aquí.

(«Pariser Tageszeitung», 26-1-1938.)

Notas del Ministerio de Defensa Nacional

En un golpe de mano efectuado hoy, 31, en Madrid, por fuerzas del II Cuerpo de Ejército, se han cogido al enemigo varios documentos, entre los cuales figura uno muy curioso que comprueba los procedimientos brutales a que se apela para mantener en las filas facciosas a soldados que no sienten simpatía por la rebelión. Trátase de un oficio en el que se reproduce la siguiente orden del General Jefe del Ejército faccioso del Centro:

«Con esta fecha digo a los gobernadores militares de este Ejército del Centro, en escrito de 25 del actual, lo siguiente: Disponga la urgente detención cuando proceda, poniéndolos a disposición del Jefe de Orden Público de la provincia, de dos o tres familiares en primer grado (padre, madre, hermanos, de ambos sexos, con preferencia los de antecedentes izquierdistas), de cada uno de los individuos que deserten al enemigo, cuya medida no será reservada, pues será un medio coactivo de evitar dichas desertiones, debiendo dar conocimiento al Gobernador Militar respectivo, para urgente cumplimiento, si tales familiares residiesen en otra provincia del territorio de este Ejército, y si fuese en el de otro lo hará por mi conducto. Asimismo atenderá a las peticiones que en este sentido se le hagan por otros gobernadores militares. En cada caso me dará cuenta. Lo que tengo el honor de

transcribir a V. E. para su conocimiento y el de los jefes de las fuerzas a sus órdenes y a efectos consiguientes.»

A las 7,20 horas de la mañana de hoy, 31, según comunica el Jefe de la Base Naval de Cartagena al Ministro de Defensa Nacional, fué torpedeado, a diez y seis millas al sur del cabo Tiñoso, el buque inglés «Endymion», que se hundió cuatro minutos después de haber sido agredido por un submarino al servicio de los facciosos.

El referido barco mercante, que navegaba con plena legalidad, llevando a bordo un agente de control del Comité de No Intervención, conducía 1.700 toneladas de carbón, con destino a Cartagena.

Entre las víctimas, que son once, figuran el agente de Control, de nacionalidad sueca; el capitán del buque y su esposa, y el segundo maquinista: estos tres últimos súbditos británicos. Merced al auxilio que inmediatamente se prestó, pudieron ser salvados otros cuatro tripulantes.

**SE AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se publica
en este DIARIO**

CUANDO LOS DIPLOMATICOS ADMINISTRAN JUSTICIA

Por KAREL CAPEK

EL PRESIDENTE: —Señores, desgraciadamente, hoy estamos obligados a ocuparnos de un asunto muy grave. Es cierto que yo he procurado aplazar el debate, pero la opinión pública, enojada con razón, nos apremia...

(OJEANDO PAPELES.) La acusación establece que, en pleno día, se cometió un asesinato en la calle. Un pacífico transeúnte fué agredido delante de testigos... De los demás detalles se enterarán ustedes por las declaraciones.

EL PRESIDENTE: —¿Es usted la viuda del asesinado?

LA VIUDA: —Sí.

EL PRESIDENTE: —El tribunal tiene el honor de expresarle su sentimiento más profundo. Señora testigo, estaba usted presente cuando ocurrió este... accidente fatal. ¿Nos podría usted decir cómo sucedió?

LA VIUDA: Sí. Allí está el asesino. (LO INDICA CON EL DEDO.)

EL SEÑOR DE LA VERRUGA EN LA NARIZ: —¡Protesto contra este insulto en público!

EL PRESIDENTE: —Señora testigo, usted no puede señalar a nadie con el dedo. ¿Entonces, usted afirma que el asesinato fué cometido por alguien cuyo nombre no se puede dar?

EL SEÑOR DE LA VERRUGA EN LA NARIZ (COGIENDO SU SOMBRERO): —Señores, no podré permanecer aquí ni un minuto más, si se pronuncia otra vez la expresión: asesinato. Trátase únicamente de un acto de legítima defensa.

EL PRESIDENTE: —Estoy de acuerdo con esta fórmula feliz. Entonces, señora testigo, su esposo iba tranquilamente por su camino...

EL SEÑOR DE LA VERRUGA: —Per-

done, eso no es así. El no iba tranquilo. Dando pruebas de gran temeridad, llevaba el dinero al Banco, y adoptaba una actitud ofensiva.

EL PRESIDENTE: —¿Cómo ofensiva?

EL SEÑOR DE LA VERRUGA: —Daba a entender que no tenía miedo. Parece que, incluso, iba armado.

LA VIUDA: —¡Esto no es verdad! No tenía armas.

EL PRESIDENTE: —Pues cometió una imprudencia, señora. Si hubiera ido armado, nos hubiera ahorrado el fallo penoso de hoy. (SUSPIRA CON RESIGNACIÓN. LLAMANDO.) El siguiente testigo. El testigo ha visto como...

EL TESTIGO: —Sí, yo he visto cómo un señor con una verruga en la nariz acometió a aquel desgraciado.

EL SEÑOR DE LA VERRUGA: —¿Y

Como paga Franco su guerra Su último "acuerdo" con la Rio Tinto Co.

Las minas de cobre del Sur de España, así como las piritas, pertenecen a una sociedad inglesa, la Rio Tinto Co. Esta sociedad, dice el "Daily Telegraph", acaba de ser obligada por el generalísimo Franco a cederle 1.250.000 libras contra billetes de Banco de valor nulo en realidad, pero, nominalmente, fijado en 42 pesetas por libra. Obligado, decimos. En efecto, Franco previno a los directores de la Compañía que si no le entregaban esa cantidad, no permitiría la salida de productos de sus minas. Los directores han tenido que ceder.

Este es uno de los métodos más fructuosos que emplea el generalísimo rebelde para pagar su guerra. Como se ve, el Derecho internacional y las reglas más primitivas de la sociedad privada no le preocupan en absoluto.

(«L'Ordre», 23-24-1-1938.)

Los amigos de España

Una entrevista con el gran cantante americano Paul Robeson

Desde el domingo al mediodía se halla de nuevo entre nosotros el famoso cantante norteamericano y actor cinematográfico Paul Robeson, que acaba de efectuar un viaje por la España leal. Como la semana pasada, antes de marchar a Madrid, nos prometió una entrevista a su regreso, acudimos al hotel donde se hospeda, para saludarle.

Inquirimos la impresión que le ha causado su viaje a Madrid, y Paul Robeson suavemente empieza:

—Ha sido un privilegio para mí poder visitar el pueblo español en plena lucha por su libertad: ¡es sublime! Porque esa lucha que ustedes sostienen por la democracia, es la mía propia y la de mis hermanos de color. En Madrid me ha parecido casi increíble que un pueblo pudiera permanecer tan sereno, tan quietamente enérgico bajo los constantes bombardeos. ¡Encontré a todos tan buenos, tan generosos y tan «simpatícos»! Es al artista, en cualquiera de sus manifestaciones, a quien corresponde velar por el mantenimiento y desarrollo de las actividades culturales en medio de la guerra; por ello me he sentido inclinado a venir ahora a su país. Yo mismo

soy un cantor del pueblo, y por ello me siento tan atraído hacia el pueblo español.

Después hablamos de cine. Nos interesa conocer sus opiniones y si actuará como hasta ahora lo ha venido haciendo. A este respecto dice:

—Las películas, lo mismo en Inglaterra que en América, no forman parte de un arte, sino de una industria, controlada por la alta finanza. Los Estudios tienen grandes edificios y buenos elementos técnicos, que alguna vez producen películas de verdadero arte; pero, generalmente, la trama es menos que mediocre. Por ello no me interesa intervenir en cine; a lo sumo, producir pequeños films con canciones. Y no me interesa aparecer en películas, y menos en películas que aborden el problema del negro, porque los productores insisten en presentar tan sólo caricaturas de negros. En cambio, me atrae la idea de producir películas estilo «Tierras de España».

Nuestra última pregunta la hacemos con ciertas precauciones; tratamos de saber si intentará desde el cine algo para el acercamiento de razas. Su respuesta surge rápida:

—Me agradaría poder filmar

La guerra sin piedad

No nos ufamamos de nuestra predicción del domingo. Anticipábamos la dolorosa certidumbre de que fracasaría — ¡generoso y noble fracaso! — el criterio de humanización de la guerra. Respondía esta convicción a un razonamiento de tipo psicológico. Nosotros creemos que Franco y sus criminales colaboradores españoles han sido desbordados por la insania de los que le ayudan en el extranjero. Desde un punto de vista de conveniencia política — nunca desde cualquier otro ángulo de interés humanitario — a los rebeldes les hubiese interesado recoger la sugerencia que se encerraba en la nota del Ministerio de Defensa. Si no estamos equivocados, el payaso de Sevilla aludió a esto en una de sus charlas radiofónicas: también otras emisoras fasciosas opinaron, más o menos, en este sentido. Con posterioridad, el criterio se ha rectificado. Y las mismas radios, que antes se manifestaban favorables, han lanzado luego la consigna brutal que hace pública la nota oficial facilitada el domingo por el Ministerio de Defensa Nacional.

La cosa tiene todo el aire de una rectificación forzada para encubrir la falta de autoridad y la mediocridad que padece el llamado Gobierno de Burgos.

¿Qué les importa a los aviadores extranjeros la vida de los españoles? ¿Qué tienen que ver con las ciudades españolas, de ésta, ni de la otra zona?

Al cerebro turbado que rigió esas bandas de asesinos no se le oculta que, ocurra lo que ocurra, España nunca será para ellos. Ya lo ha declarado la prensa italiana y lo ha corroborado la alemana, con una orgullosa indiscreción: de España no les interesan, sino los productos de su suelo y las bases navales y aéreas. Barcelona y

Burgos, Valencia y Salamanca, Madrid y Valladolid, les tienen perfectamente sin cuidado.

En un grave error, en un total desconocimiento de nuestra idiosincrasia, creen que produciendo «guerra totalitaria» quebrantarán nuestra moral y sueñan — ¡loco sueño! — que la empresa de vencerlos les será menos costosa y desde luego será más rápida.

Pero este criterio, si se tratase de alemanes o si fuésemos como los italianos del Caporetto, estaría en lo justo; mas tratándose de españoles tiene que quebrar por su base. Los españoles estamos fabricados con otra levadura. Sin lirismo inadecuado, podemos decir que España se nutre de carne de héroes. Afirmación ésta que no pertenece y que puede recoger, quien lo desee, de las opiniones unánimes de cuantas personalidades extranjeras han venido a España para observar directamente de la realidad la intensidad de nuestro esfuerzo.

Podrán, los aviadores criminales que llegaron desde Palma de Mallorca, hundir guarderías infantiles, deshacer familias enteras, destruir casas, causarnos centenares de bajas entre la población civil. Al estupor seguirá la indignación, y al sobrecogimiento de la tragedia, la expansión de nuestra ira. ¿Después? Después continuará el fervor antifascista, más decidido que nunca a eliminar a los agresores y a defender la libertad de España.

Sean Franco y su compañía, sean los altos mandos extranjeros quienes ordenen la guerra totalitaria, el resultado será siempre el mismo: nuestra Victoria.

(«Mañana», Barcelona, 1-11-38.)

una película y, desde ella, defender la causa del pueblo español, que es la causa de la humanidad. Esto no es una promesa; es un deseo firme que trataré de realizar.

Antes de despedirnos le pedimos que nos dedique unas fotos; lo hace gustosamente, al mismo tiempo que nos pone sobre aviso, para que no demos crédito a las informaciones biográficas de las distribuidoras de películas, en donde todo ha sido falseado.

Una llamada telefónica pone fin a nuestra entrevista con Paul Robeson, cuya fama de artista corre pareja con la de defensor de la democracia universal.

CARRASCO DE LA RUBIA
(«La Vanguardia», Barcelona, 1-11-1938.)

de los que habían quedado entre los escombros no abate a los dos millones de ciudadanos que pueblan la gran ciudad. El drama repetido endurece. Y la fuerza que se siente después de cada nuevo asesinato supera a la que antes se sentía.

Estos crímenes, sin riesgo apenas, que cometen los aviadores italianos, no alteran nuestras trincheras y dan más brío a nuestros combatientes. Las brigadas italianas seguirán estancándose como se espantaron en Brihuega, como ahora han huido de Teruel. La marca de la derrota la tienen tatuada en las carnes, erizadas

de miedo, los eunucos de Mussolini. Los sapos no tienen espíritu, y ellos son sapos manchados con sangre humana. Pagarán estos crímenes los salviajes. Los pagarán bien caros, porque la tolerancia ya no es justa. Es repugnante aplastar a sapos; pero es necesario aplastar a los sapos fascistas, y los aplastaremos, porque cada día tenemos más potencia, porque

nosotros niños reírán sin que nosotros estemos pendientes, al oír sus risas, del ruido de las explosiones.

Entre los 26 senadores firmantes, hay siete miembros del Comité de Relaciones Exteriores: los senadores Elbert Thomas, La Follette, Nye, Poore, Pepper, Schwellenbach y Capper. Especialmente interesantes son las firmas de los republicanos conservadores: Exxvermont, Gibson y Austin, y los «isla tionsistas», tales como Nye, Schwellenbach y La Follette. También se adhieren al mensaje los diputados Bernard y O'Connell, que visitaron España el pasado octubre, y el diputado Amle, cuyo hermano, Hans Amle, acaba de regresar a Norteamérica después de ocho meses de servicio en el Ejército republicano.

El texto completo del mensaje es como sigue: «A los miembros del Parlamento español que se reúne en Barcelona el 1 de febrero de 1938: Los abajo firmantes, miembros del Congreso de los Estados Unidos, nos complacemos en enviar nuestro saludo y buenos deseos al Parlamento español con ocasión de su reunión regular, convocada de acuerdo con la Constitución de 1931, porque el que se reúnan de nuevo, en medio de las dificultades y trágicas circunstancias que atraviesan en la actualidad, demuestra que el pueblo español y sus representantes se mantienen firmes en su fe en el Gobierno democrático. Amantes de la libertad y de la democracia por encima de todo, nos

de ellos pide al oficial que le permita cantar en nuestro honor. Aquel accede y oímos varias canciones populares y el Himno de Riego. Ponemos nuestro coche en marcha. Los reclutas reanudan la instrucción.

A lo largo del camino, encontramos nuevos grupos de hombres que se instruyen militarmente. Según noticias oficiales, hay más de medio millón de soldados. Hemos pertenecido mucho tiempo al Ejército para que podamos engañarnos con respecto al espíritu de la tropa. Es realmente extraordinario haber formado este Ejército en tan poco tiempo y con tan escasos medios. No se trata de organizaciones de campesinos, ni de asociaciones de obreros o empleados que envían a sus voluntarios, con uniformes varios y casi sin armas, a arrostrar el peligro del frente. El Ejército de la República es un verdadero Ejército moderno, bien adiestrado, disciplinado y lleno de fervor.

Hace seis meses, recorrimos este camino hacia Teruel. En los pueblos, no se veían soldados. La guerra de guerrillas estaba aún a la orden del día. Hoy existen organizaciones militares en todas partes. Las trincheras comunican con una segunda línea de resistencia y, en los lugares más peligrosos, los soldados de nuestro coche. De repente, uno

(Continúa en la página siguiente)

La situación militar

La segunda intentona de los rebeldes para romper el frente republicano de Teruel, ha terminado como la primera: en un fracaso. Esta segunda intentona, que no iba dirigida contra el propio Teruel, sino contra la carretera que va del Norte al Este de Peralas, no puso nunca a la ciudad en peligro inmediato. Lo más que consiguieron los rebeldes, fué la ocupación de unas alturas, lo cual les costó un crecido número de bajas.

En vista de las dificultades naturales del terreno, y más especialmente como resultado de la firme resistencia de los defensores, los atacantes se gastaron pronto y, a los cinco o seis días de iniciada la ofensiva, el frente de Teruel quedó en calma.

Sin embargo, esta calma estaba destinada a ser sólo temporal, pues los republicanos, aprovechándose del agotamiento y de la desmoralización de sus adversarios, escogieron precisamente este momento para atacar las comunicaciones rebeldes por la retaguardia, cerca del pueblo de Singra, a 40 kilómetros al Norte de Teruel, en la carretera de Zaragoza. Avanzando desde sus posiciones de Sierra Palomera, en las que permanecieron durante los meses de invierno, las tropas leales ocuparon, al oeste, a 8 kilómetros de su punto de partida, cinco alturas conocidas por Los Cabezos, que dominan la carretera y el ferrocarril de Zaragoza a Teruel. Al mismo tiempo, atacaron las posiciones rebeldes en el frente de esta última ciudad.

Los fasciosos, por tanto, han quedado en situación muy precaria. A fin de defender el frente situado al norte de Teruel, están obligados a enviar un número considerable de soldados y gran cantidad de suministros; pero, en vista de la amenaza que pesa sobre sus comunicaciones en Singra, todo lo que envían al extremo Sur del saliente de Teruel corre el riesgo de quedar aislado. Si los republicanos llegaran a cortar la carretera y el

ferrocarril, los rebeldes se verían obligados, con toda seguridad, a ceder el territorio comprendido entre Teruel y Singra, incluyendo los montes tomados por los fasciosos en su última ofensiva, que tan caros les costaron, tanto en hombres como en material de guerra. Pero si, por el contrario, los republicanos siguiesen la política de no avanzar más, dedicándose sólo a hostilizar las comunicaciones enemigas a lo largo de la carretera y del ferrocarril, los fasciosos quedarían también en la nada envidiable posición de tener que defender una vasta extensión de territorio que es casi insostenible y que, desde el punto de vista estratégico, sería más prudente para ellos abandonar la sin lucha, pero que, por razones morales, están obligados a mantener y defender.

De todas maneras, el hecho cierto es que, a pesar de las dos contraofensivas rebeldes en Teruel y de las terribles pérdidas que han sufrido, tanto en hombres como en material, los insurrectos están hoy en peor posición que se hallaban inmediatamente después de la caída de aquella ciudad el 22 de diciembre.

A pesar de que Teruel ha sido tomado por los republicanos, continúa habiendo el mismo saliente pronunciado. Pero ahora que los rebeldes no tienen ya la ciudad para apoyarse en ella y todas las tentativas de reconquista han fracasado, es muy difícil impedir que este saliente se hunda.

En vista de las continuas incursiones aéreas sobre varias ciudades republicanas, el Ministro de Defensa Nacional ha publicado una nota en la que advierte que, de ahora en adelante, cada incursión rebelde sobre la población civil, será contestada con otra semejante dirigida contra una ciudad rebelde. Esta medida ha sido tomada, sin embargo, de mala gana, y se asegura que en el momento en que los fasciosos desistan de bombardear poblaciones civiles alejadas del frente, los leales cesarán de atacar las ciudades rebeldes.

SeSENTA senadores y diputados norteamericanos envían un mensaje a las Cortes españolas

Nueva York.—SeSENTA senadores y diputados de los Estados Unidos han enviado un mensaje de salutación a las Cortes, que se reunirá en Barcelona el 1 de febrero. El mensaje, que fué entregado a la Embajada española en Washington para que lo transmitiera a Barcelona, declara que la lucha de la República Española para defender sus instituciones democráticas «es un ejemplo conmovedor para todos los países democráticos».

Firman el documento los siguientes senadores: Warren R. Austin, republicano del distrito de Vermont; George L. Berry, demócrata de Tennessee; Prentiss M. Brown, demócrata de Michigan; William J. Bulow, demócrata de South Dakota; Harry F. Byrd, demócrata de Virginia; Arthur Capper, republicano de Kansas; Tom Connolly, demócrata de Texas; Vic Donahey, demócrata de Ohio; Allen J. Ellender, demócrata de Louisiana; Lynn J. Frazier, republicano de North Dakota; Ernest W. Gibson, republicano de Vermont; Clyde L. Herring, demócrata de Iowa; Rush D. Holt, demócrata de West Virginia; Edwin C. Johnson, demócrata de Colorado; Robert M. La Follette Jr., progresista de Wisconsin; M. M. Logan, de Kentucky; George Mc Gill, demócrata de Tennessee; Sherman Minton, demócrata de Indiana; Gerald Nye, republicano de North Dakota; Claude Pepper, demócrata de Florida; James P. Pope, demócrata de Idaho; Lewis B. Schwellenbach, demócrata de Washington; Elbert D. Thomas, demócrata de Oklahoma; John G. Townsend Jr., republicano de Delaware.

Firman los siguientes diputados: Robert G. Allen, demócrata de Pennsylvania; Thomas R. Amle, progresista de Wisconsin; John T. Bernard, partido obrero-campesino de Minnesota; Herbert S. Bigelow, demócrata de Ohio; Charles G. Binderup, demócrata de Nebraska; Gerald J. Boileau, obrero-campesino de Wisconsin.

damos cuenta de la significación de vuestra lucha, decidida y heroica, para salvar las instituciones democráticas de vuestra juventud republicana contra sus enemigos, tanto dentro como fuera de España. Vuestra lucha es un ejemplo conmovedor para todos los países democráticos. Como miembros de un Parlamento elegido democráticamente a otro, os saludamos.»

Entre los 26 senadores firmantes, hay siete miembros del Comité de Relaciones Exteriores: los senadores Elbert Thomas, La Follette, Nye, Poore, Pepper, Schwellenbach y Capper. Especialmente interesantes son las firmas de los republicanos conservadores: Exxvermont, Gibson y Austin, y los «isla tionsistas», tales como Nye, Schwellenbach y La Follette. También se adhieren al mensaje los diputados Bernard y O'Connell, que visitaron España el pasado octubre, y el diputado Amle, cuyo hermano, Hans Amle, acaba de regresar a Norteamérica después de ocho meses de servicio en el Ejército republicano.

El texto completo del mensaje es como sigue: «A los miembros del Parlamento español que se reúne en Barcelona el 1 de febrero de 1938: Los abajo firmantes, miembros del Congreso de los Estados Unidos, nos complacemos en enviar nuestro saludo y buenos deseos al Parlamento español con ocasión de su reunión regular, convocada de acuerdo con la Constitución de 1931, porque el que se reúnan de nuevo, en medio de las dificultades y trágicas circunstancias que atraviesan en la actualidad, demuestra que el pueblo español y sus representantes se mantienen firmes en su fe en el Gobierno democrático. Amantes de la libertad y de la democracia por encima de todo, nos

sin; Usher L. Burdick, republicano de North Dakota; John M. Coffee, demócrata de Washington; W. Sterling Cole, republicano de Nueva York; Harold B. Colley, demócrata de North Carolina; Edward C. Eicher, demócrata de Iowa; Frank W. Fires, demócrata de Illinois; Bernard J. Gehrman, progresista de Wisconsin; James H. Gildeer, demócrata de Pennsylvania; Byron B. Harlan, demócrata de Ohio; Fred H. Hildebrand, demócrata de South Dakota; Dewey W. Johnson, obrero-campesino de Minnesota; Herman P. Koppelman, demócrata de Connecticut; Charles Kramer, demócrata de California; Clarence F. Lea, demócrata de California; Henry C. Luckey, demócrata de Nebraska; George H. Mahon, demócrata de Texas; John A. Morrison, demócrata de Colorado; Jerry J. O'Connell, demócrata de Montana; Caroline Oday, demócrata de Nueva York; Herron Pearson, demócrata de Tennessee; Walter M. Pierce, demócrata de Oregon; W. R. Poage, demócrata de Texas; Jennings Randolph, demócrata de West Virginia; Byron N. Scott, demócrata de California; Henry G. Teign, obrero-campesino de Minnesota; Andrew J. Transue, demócrata de Michigan; H. Jerry Voorhis, demócrata de California; Gardener R. Withrow, demócrata de Wisconsin.

MAS DE 30 PARLAMENTARIOS EXTRANJEROS SALEN PARA ESPAÑA CON OBJETO DE ASISTIR A LA SESION DE NUESTRAS CORTES

París.—Han salido anoche para España más de 30 diputados extranjeros, delegados de sus respectivos Parlamentos, que asistirán a la próxima sesión de Cortes. La delegación del Parlamento inglés, formada por laboristas y liberales, entre ellos lord

Parece ser que Italia se dispone a enviar a España 50.000 hombres más

Es probable que, dentro de pocas semanas, Mussolini ponga a la Gran Bretaña y a Francia ante un dilema de extraordinaria gravedad.

La imposibilidad de que Franco gane la guerra de España y el creciente descontento que este fracaso produce en Alemania e Italia, obligan a estas naciones a buscar una solución rápida. La ayuda extranjera a Franco tiene que ser o aumentada de una manera sensacional o retirada totalmente.

En los círculos bien informados se cree que el duce ha optado por lo primero.

Si es así, en febrero y marzo, enviará refuerzos en tan gran escala, que los buenos propósitos del Comité de No-Intervención quedarán anulados y los pueblos francés e inglés habrán de enfrentarse con la desagradable realidad.

En efecto, puede esperarse que el duce retire a su representante del Comité y anuncie su franco propósito de destruir el «bolchevismo» en España.

LA AYUDA DE HITLER

Créese que los nuevos refuerzos, cuyo envío se estudia, se elevarán, por lo menos, a la cifra de 50.000 soldados del ejército regular, con la correspondiente cantidad de artillería pesada, tanques, aviones y demás pertrechos de guerra.

Se dice que Mussolini tiene ya la promesa de Hitler de apoyar diplomáticamente su plan, ya que Berlín ansía tanto como Roma que termine la guerra civil.

Aunque Alemania toma una parte menos activa que Italia, ocurre con bastante frecuencia que llegan a uno de los aeródromos de Roma escuadrillas de aviones alemanes, y los jóvenes «viajantes de comercio» alemanes que conducen, entran y salen sin que en la Aduana se les someta al menor examen.

Los aviones alemanes siguen volando sobre Francia y se envían municiones desde el Báltico y desde los puertos del Mar del Norte.

Dicen también que Stoyadinovitch, Presidente del Consejo de Yugoslavia, ha prometido que su país observaría una neutralidad benévola ante cualquier actitud italiana o alemana en España o en la Europa Central.

Existe la creencia de que este envío sensacional de tropas, junto con la retirada de Italia del Comité de No-Intervención, asustará a los Gobiernos inglés y francés y los reducirá a un silencio sumiso.

EL DUCÉ Y EL IMPERIO

Una vez conseguida la victoria italiana, aquellos miembros del Gobierno británico que ya piden que se concedan créditos al duce para que deponga su actitud, se encontrarían en una mejor situación que nunca.

Según los informes que recibo de Roma, Mussolini está ahora profunda y totalmente convencido de que Inglaterra se halla en decadencia, y de que Italia ha de sustituirla en su poderío, porque el dictador, a pesar de sus dificultades financieras actuales, también cree que está predestinado a ser el destructor del Reino Unido. Vernon BARTLETT

(«News Chronicle», 27-1-1938.)

Listowell, la componen cinco diputados. El senador Branting y tres diputados más representan el Parlamento sueco. El Parlamento danés estará representado por cuatro diputados. Un diputado representa al Parlamento búlgaro y tres al de Noruega. Once diputados, el senador

Morizet y el ex subsecretario del Aire Andraud, representan a las Cámaras francesas.

En el mismo tren, y acompañando a los parlamentarios, han salido el ex ministro señor Lara y el vicepresidente de las Cortes, Fernández Clérigo.

EL NUEVO EJÉRCITO POPULAR

(Continuación)

ligeros, hasta una tercera línea. En los pueblos situados detrás del frente, hay fuerzas de reserva, y el servicio de relevo se hace con absoluta regularidad. La República española se ha adelantado con un ataque por sorpresa a la anunciada gran ofensiva, obligando a Franco y a sus aliados a que dejen de soñar.

Sólo hay 150 kilómetros de Valencia a Teruel. Sólo 150 kilómetros y, sin embargo, dos mundos bien distintos. En Valencia, florecen las rosas, maduran los naranjos. En Teruel, reina el más crudo invierno, nieve y frío. En Valencia, la espera de noticias. En el frente, la seguridad y la fe ciega en el triunfo de las armas leales.

No se ha formado este Ejército por la violencia, sino por el ejemplo, por la enseñanza, por la persuasión. La enseñanza es obligatoria en el Ejército de la España republicana. Miles de analfabe-

tos han aprendido a leer y a escribir. «Los hemos disminuido a un 2 por 100—me dijo un oficial en las trincheras de Teruel—. Las cartillas y los diarios ilustrados son armas tan importantes como el fusil y la granada.»

(«Pariser Tageszeitung», 26-1-1938.)

El «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN» se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Una fiesta infantil Mientras repartíamos juguetes a nuestros niños, los fascistas lanzaban metralla

Una fiesta infantil en una mañana clara. En el Cine Coliseum se repartían juguetes. Los niños soñaron mucho; mundos de colores aparecieron en sus sueños. Y despertaron temprano. No tenían al agua fría y zambulleron en ella sus caras. Había que ir aseados a la gran fiesta. Había que hacer honor a los juguetes, que eran su ansiedad desde la noche anterior. Estos juguetes no procedían de países de leyenda. Era la Comisión Nacional para la Fiesta del Niño, patrocinada por el Ministerio de Instrucción Pública, la que se los regalaba. Era el Gobierno de la República el que se preocupaba de que ellos tuvieran alegría.

Y la alegría, cuando más les retaba en los cuerpos, quedó cuajada durante unos minutos. Era el estridor de las sirenas el que se les metía por entre su contento. Era la alarma. Eran las bombas de los aviones fascistas. Hubo un fragor de estampidos y de retumbos. El cielo se llenó de las nubes blancas de los antiaviones. Y los aviones del crimen huyeron. Todo quedó envuelto en el odio hacia los criminales italianos. Y

la vida siguió. Barcelona, con unas casas más destruidas y con nuevas víctimas a quienes vengar, siguió serenamente su ritmo.

Los niños volvieron a sentir la alegría de la fiesta. A las diez y media, el Cine Coliseum estaba repleto de chiquillería. Unas películas de dibujos los hicieron regocijarse. Luego, unos clowns acabaron de hacerlos olvidar que los fascistas extranjeros viven en la ambiciosa locura de querer destruir a España. Los niños se reían. Eran hijos de combatientes o pertenecientes a las familias que han llegado a Barcelona, de Asturias y de otras regiones invadidas. También había huérfanos. Los juguetes, en esta día, estaban dedicados a estas criaturas. Todos ellos reían, olvidando el llanto por sus padres y el espanto de ver a los aviones persiguiéndolos, cuando huían con sus madres, por la carretera del Málaga y por los caminos del Norte.

Y entonces, cuando la fiesta era más risueña para los niños, volvieron a sonar las sirenas y las explosiones. Fueron momentos en que el odio y el asco hacia las fieras venenosas que

venían a repetir el crimen, nos llenó de nuevos impulsos a los mayores que allí estábamos. La orquesta sonó fuerte con aires alegres. Los artistas hacían piruetas reclamando la atención de los niños. Y ellos siguieron contentos. Los minutos, para los que estábamos en el secreto, ofrecían una emoción indefinible. Y todo pasó. Los niños no se dieron cuenta de que, hasta muy cerca de ellos, unos hombres que lucen el vergonzante título de fascistas habían llegado de lejos a asesinar porque sí. Habían venido los monstruos, que morirán aplastados como sapos, cuando el instinto de conservación de la civilización actual vea que es imposible tolerar a los que, como las hienas, gozan con el olor de la carne humana. Habían vuelto los infrahombres, que tratan de formar una tiranía mundial que dé honores y erija estatuas a esos entes, raros hasta ahora en la tierra, que descuartizan a sus padres.

Los niños se fueron satisfechos con sus libros y juguetes. El sol se paró y las calles estaban tranquilas. Continuaba la vida. El dolor

de ellos pide al oficial que le permita cantar en nuestro honor. Aquel accede y oímos varias canciones populares y el Himno de Riego. Ponemos nuestro coche en marcha. Los reclutas reanudan la instrucción.

A lo largo del camino, encontramos nuevos grupos de hombres que se instruyen militarmente. Según noticias oficiales, hay más de medio millón de soldados. Hemos pertenecido mucho tiempo al Ejército para que podamos engañarnos con respecto al espíritu de la tropa. Es realmente extraordinario haber formado este Ejército en tan poco tiempo y con tan escasos medios. No se trata de organizaciones de campesinos, ni de asociaciones de obreros o empleados que envían a sus voluntarios, con uniformes varios y casi sin armas, a arrostrar el peligro del frente. El Ejército de la República es un verdadero Ejército moderno, bien adiestrado, disciplinado y lleno de fervor.

(Continúa en la página siguiente)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

IX

EL IMPERIO DEL TERROR

Este caso no era insólito. Lo he detallado porque la condición social de las víctimas, el hecho de ser todas ellas conocidísimas en Vigo y la circunstancia de tratarse de personas casi inofensivas, hacen que sea un caso revelador de cómo asesinaban los falangistas en Galicia. Hechos como éste los hubo a docenas. Procuraré ir consignando con la mayor fidelidad y precisión las circunstancias de cada uno para que en su día puedan ser comprobados, aunque por tratarse muchas veces de oscuros militantes republicanos, socialistas o comunistas no me sea posible de momento dar una relación completa de sus nombres y apellidos, relación que fui haciendo durante mi estancia en Galicia bajo el régimen del terror; pero que por razones fáciles de comprender no he podido sacar y tener a la vista.

Por ejemplo, el mismo día que se cometieron los siete crímenes que he detallado antes, apareció en la carretera de Valladares otro grupo de nueve asesinados. Eran simples afiliados a los partidos de izquierda y cotizantes de los sindicatos, y no he podido retener sus nombres en la memoria. Recuerdo que entre ellos estaba un industrial, miembro del partido de Unión Republicana, cuyo crimen era el de haber dado su garantía personal para el arrendamiento del local que ocupaba la Casa del Pueblo.

Los asesinatos de detenidos comenzaron a finales de agosto, precisamente cuando Falange Española empezó a tener una existencia real y verdadera. En un principio estos crímenes tuvieron por objeto aterrorizar a las masas obreras, que seguían resistiéndose a volver al trabajo. Los asesinatos de trabajadores fueron decretados fríamente para escarmentar a los que aun andaban reacios a someterse, y así se dió el caso de que en los primeros tiempos los asesinatos de los presos que se sacaban de madrugada de las cárceles «para darles un paseo», se hicieron ordenada y sistemáticamente por gremios. Los mataban de cinco en cinco y cada grupo estaba formado por individuos de un mismo oficio. Primero les tocó el turno a los tranviarios, que aun no habían permitido que el servicio se restableciera normalmente. Mataban incluso a los que se habían resignado a volver al trabajo, siempre que fuesen significados por su actuación socialista o comunista, y para llevarse los se iban las cuadrillas de falangistas a las cocheras de tranvías a esperar que aquellos infelices terminasen el servicio. De los tranviarios que así fueron asesinados, yo conocía personalmente a uno de ellos, un hombre bajo de cuerpo, apellidado Acuña, cuyo cadáver vi con mis propios ojos. Dejaba mujer y nueve hijos. También asesinaron a otro tranviario llamado Cruz, al que además se le incautaron de una libreta de la Caja Postal de Ahorros, en la que tendría unas 500 pesetas o poco más. A un hermano de éste, zapatero de portal, que se escapó al monte, se le incautaron de la banquilla, las herramientas de su oficio y, entre ellas, la máquina de coser.

Luego se extendieron los asesinatos al gremio de metalúrgicos, los cuales fueron cayendo asesinados en las carreteras hasta que estuvo asegurado el funcionamiento de los talleres. Finalmente, tocó el turno a los ferroviarios. Recuerdo el nombre de Alfonso Pérez, un buen hombre, cu-

ya gran culpa fué la de haber hablado mal del fascismo. De estos asesinatos de humildes obreros, que no tenían otra finalidad que la de llevar al trabajo por medio del terror a las masas obreras, me es imposible dar aquí los nombres y las filiaciones, porque incluso se llegó a dar la orden de que no se extendieran las certificaciones de defunción que reclamaban quienes identificaban como deudos suyos los cadáveres aparecidos en las carreteras.

Donde mayor número de asesinados apareció fué en la carretera general de Vigo a Orense, hacia Confurco y Puxeiros. No se trataba de un cadáver o dos aislados, sino de grupos de ocho o diez. Hubo noche en la que aparecieron en diversos lugares hasta 40 asesinados. Una madrugada sacaron de las cárceles hasta 42 hombres, a los que metieron en dos camiones, y desde la salida de Vigo hasta Porriño fueron dejando la carretera regada de cadáveres. Cada kilómetro, sobre poco más o menos, hacían un alto, asesinaban a dos o tres y seguían.

Otro lugar predilecto de los falangistas para cometer sus asesinatos era la carretera de Valladares a Corujo. Los asesinos no recogían jamás los cuerpos inertes de sus víctimas y ni siquiera buscaban un lugar oculto para sacrificarlas, sino que las dejaban ostensiblemente tiradas en las carreteras más transitadas para que la población se diese cuenta exacta del régimen de terror en que vivía. Muchas veces, los que pasaban en automóvil por las carreteras, tenían que apearse para apartar los cadáveres. Una mañana los viajeros del ferrocarril eléctrico de La Ramallosa a Vigo vieron con horror que el convoy tenía que detenerse para que los empleados apartasen de la vía un montón de cadáveres que allí habían dejado los falangistas.

Las víctimas eran todas personas encarceladas, a las que durante la noche sacaban de sus celdas las cuadrillas de falangistas. Las familias se enteraban del triste destino de sus deudos cuando a la mañana siguiente iban a la cárcel a llevarles la comida y les decían escuetamente que habían sido trasladados a Pontevedra o a La Coruña para que prestasen declaración. A lo sumo, los carceleros se atrevían a decir particularmente, y de manera imprecisa, a quienes preguntaban por los presos desaparecidos:

—Busquen ustedes por la carretera tal o cual, a ver si por allí saben algo...

Y, efectivamente, en la carretera indicada estaba el cadáver del preso «libertado».

Pasado algún tiempo, las órdenes fueron aún más severas, y ya no se dió ninguna indicación. Los familiares de los presos desaparecidos vivían días, semanas y meses de angustia yendo sobresaltados a ver todos los cadáveres que diariamente aparecían, recorriendo desesperados las playas y los caminos, hasta que los seres queridos que buscaban aparecían, bien porque los empujaban las olas hacia la orilla, porque los sacasen a flote las redes de los pescadores o porque el hedor de la putrefacción denunciase su presencia entre los maizales que les ocultaban.

Las playas eran también lugares predilectos de los falangistas para cometer sus asesinatos. En las de Samil, Canido, Panjón, Espiñeiro y Moaña, así como en la de La Concheira y la de Cesantes, frente al lazareto de San Simón, aparecían los

cadáveres a docenas. Era poco probable el ir a bañarse en el mar sin tropezar con la escena macabra de la recogida de los cadáveres que las olas empujaban a la arena. Recuerdo el terror de una señorita cubana, la hija del cónsul de Cuba en Vigo, don Blas Molina, que volvió una mañana de la playa horrorizada porque, al ir a bañarse, había encontrado un cadáver con una piedra atada al cuello que las olas habían arrastrado.

En la playa de Cesantes, en Redondela, fué donde más asesinatos se cometieron. Allí fué donde cayó, en el mes de febrero, hacia Carnaval, otro grupo de presos, entre los que se encontraba el escritor y periodista Manuel Lustres Rivas, hombre de convicciones liberales moderadas, conservador más bien, muy relacionado y bienquisto de los elementos derechistas de Galicia, redactor de varios periódicos madrileños francamente antimarxistas y decididamente contrarrevolucionario.

Junto con él fué asesinado Julio Fraiz Castellanos, joven funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, que había llegado a Vigo, a pasar las vacaciones, horas antes de que estallase la sublevación militar. Julio Fraiz, cuyo padre fué también fusilado, había sido detenido al mismo tiempo que un primo suyo, igualmente funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y que escapó con vida por verdadero azar. Los cadáveres aparecidos aquella madrugada en la playa de Cesantes eran seis u ocho. Estas víctimas fueron ya los últimos presos que se sacaron del Lazareto para ser asesinados por los falangistas. Según parece, el jefe de esta prisión se había negado ya en varias ocasiones a entregar a los detenidos; pero, a pesar de todo, los falangistas se los llevaban diciendo que era, no para matarlos, sino para trasladarlos a la prisión del frontón en Vigo, para lo cual indiscutiblemente alguien responsable tenía que dar la orden. En La Coruña se dió el caso de que en San Amaro fueron asesinados dos empleados de la prisión que se negaron a entregar a los detenidos sin una orden judicial por escrito.

Ante la ola de terror, hubo muchas gentes de Vigo que huyeron a las aldeas de la provincia, creyendo que escaparían así más fácilmente a las bandas de asesinos; pero la locura criminal era tan general, que no había ya lugar seguro en toda Galicia. En los pueblos pequeños, y aun en las aldehuelas más apartadas, el terror se ejercía tan ferozmente como en las grandes ciudades. Hubo un interventor de fondos municipales de Puenteareas, don Abelardo Amijeira, que temiendo por su vida fué a esconderse en una aldehuela; pero los mismos aldeanos le delataron y los falangistas fueron a buscarle y le mataron allí mismo.

En Puenteareas también asesinaron el 31 de diciembre a Javier Estévez Viana, sobrino de un diputado del Frente Popular. Lo sacó de la cárcel para asesinarle, el capitán de la Guardia civil Teresa, quien previamente le había golpeado de manera bestial para arrancarle la declaración de los que llamaba sus cómplices. Después, entre el propio capitán y unos guardias le llevaron a la Plazuela, diciéndole que iban a matafle delante de la casa de su madre, quien, efectivamente, allí tenía su morada. Eran las nueve de la noche y en un banco de la Plazuela había en aquel momento un grupo de seis

u ocho muchachos del pueblo, a los que los guardias dieron orden de marcharse de aquellos parajes. Pero, en el último instante, cuando ya se disponían a cometer allí mismo su crimen, tuvieron el pudor, por otra parte superfluo, de que los muchachos curiosos les siguiesen espiando desde lejos y luego pudiesen ir relatando la escena del fusilamiento, por lo que decidieron buscar un lugar menos visible. Javier Estévez fué, efectivamente, asesinado un poco más lejos, en la carretera que pasa por detrás del Ayuntamiento, cerca ya del cementerio viejo de Puenteareas. Los muchachos, que vieron la maniobra y oyeron luego las detonaciones, esperaron a que los guardias se alejasen y comprobaron ante el cadáver que el hombre aquel a quien iban a fusilar junto a la pared de una casa de la Plazuela era precisamente el hijo de una infeliz mujer que en aquella misma casa vivía.

Otro muchacho, vecino éste de Lavadores, al que también quisieron fusilar delante de la casa de su madre, consiguió convencer a sus verdugos de que no debían llevar a cabo aquel cruel propósito.

—Escoge tú mismo el sitio donde quieres morir—le dijeron despectivamente.

El muchacho se decidió por un lugar próximo en el que había unos altos cañaverales de maíz. En el momento en que le hicieron avanzar solo para dispararle por la espalda, se tiró al suelo y a gatas se metió rápidamente entre la hojarasca del maíz, consiguiendo huir a favor de la obscuridad de la noche, aunque no sin que un balazo le alcanzase. Vivo está. Algún día dirá él mismo su nombre y contará su aventura, que es extraordinaria, porque son pocos

los que han logrado escapar de las garras de los verdugos de Falange. Decíase en Vigo que la noche que los falangistas sacaron a siete presos que asesinaron en la curva de Puxeiros, según he relatado ya, se escapó un octavo sentenciado, que aún está oculto. Pero esto es temerario afirmarlo.

En Vigo fué asesinado también el hijo del diputado a Cortes don Benito Alonso. Este muchacho había ido a Galicia como funcionario de Campsa y no había cometido delito que el de ser hijo de su padre. Cuando lo detuvieron, lo enviaron al frontón y estuvo preso durante más de un mes, y al cabo de este tiempo lo sacaron una madrugada los falangistas y lo mataron.

Quiero relatar detalladamente los casos significativos de crueldad y ensañamiento que se registraron en Vigo y en el resto de la provincia. Según mis referencias, los asesinados por el procedimiento invariable de la detención previa y «el paseo» de madrugada, con el pretexto de llevarlos a prestar declaración, o sencillamente, sin ningún pretexto, pasan como mucho del millar.

En toda la provincia de Pontevedra el promotor y ejecutor principal de los asesinatos fué el diputado monárquico Víctor Lis Guillén, que iba con sus cuadrillas de falangistas por pueblos y aldeas, deteniendo y asesinando a los labradores significados por sus ideas izquierdistas, cuyas casas saqueaban e incendiaban luego. Sólo en Puenteareas, Redondela, Porriño y Sanjenjo cometió esta banda, acudida por Lis Guillén, más de 200 asesinatos. Y es posible aun que el propio Víctor Lis sonriese despectivamente al conocer este cálculo optimista.

El episcopado holandés condena la falsa propaganda católica que realiza un abate al servicio de Hitler

Hace algunos años el abate Leonards llegó a Holanda, procedente de Alemania. Estuvo mucho tiempo en un convento holandés, donde estudió las características particulares de realizar una propaganda nacionalsocialista. Al regreso a su país natal, se hizo cura secular y se instaló en Prenzlau, a pocos kilómetros de Berlín. Hitler aceptó los servicios de este agente excepcional, que preparó en poco tiempo una hábil propaganda. El abate Leonards fundó rápidamente en Berlín una oficina de prensa católica holandesa llamada «Nederlandsch Katholiek Correspondentie Bureau», que empezó enviando a los periódicos católicos de Holanda informaciones favorables al régimen nazi, disfrazadas con el barniz de un falso catolicismo. No contento con esta intencionada campaña, el abate Leonards apadrinó el movimiento nazi holandés, que a estas horas no tiene ambiente y está por sí solo desautorizado. Pero la propaganda nazi no descansa y la intensificación de la campaña hitleriana del abate Leonards adquirió caracteres que han sido violentamente censurados por los obispos holandeses.

Con el título de «Het Nationale Dagblad», que es el del movimiento nazi holandés, se acaba de publicar un folleto original del abate Leonards. Es un folleto de treinta y dos páginas que pretende rechazar las acusaciones que se han hecho contra el régimen hitleriano. La refutación es tan pobre y carece de tan elementa-

les principios de convicción, que el propio periódico parisino «Le Temps» afirma que no puede convencer a ningún holandés, sea o no católico. Los obispos de las ciudades holandesas de Breda y de Harlem se han pronunciado en términos severos y violentos contra aquel folleto, declarándolo pernicioso. El mismo periódico «Le Temps», que recoge este juicio sensato del Episcopado holandés, cree que la actitud de los obispos ha asestado un golpe decisivo contra el abate Leonards y contra su propaganda.

La última vez que el abate Leonards pretendió personalmente convencer a algunos católicos holandeses en una conferencia que dió en un círculo cristiano, fue interrumpido por los oyentes, que le preguntaron si la propaganda que realizaba estaba refrendada por las autoridades eclesiásticas del Reich o por su obispo. El abate Leonards se abstuvo de contestar. Esto ocurría el 20 de octubre pasado, en La Haya.

Por otra parte, se sabe que ningún católico holandés ha podido ser sorprendido por la condenación pública hecha por los obispos de Harlem y de Breda contra la propaganda del abate Leonards. Como éste carecía de toda simpatía, así como su propaganda hitleriana, muchos católicos esperaban la censura pronunciada por las autoridades eclesiásticas, que, naturalmente, ha producido excelente efecto y mejor satisfacción en el pueblo creyente de los Países Bajos.